semejanza y proporción con el fuego. De donde si quisiesen disponer al madero con otro medio que el propio, que es calor, así como con aire, o agua, o tierra, sería imposible que el madero se pudiera unir con el fuego; así como también lo sería llegar a la ciudad si no va por el propio camino que junta con ella. De donde para que el entendimiento se venga a unir en esta vida con Dios, según se puede, necesariamente ha de tomar aquel medio que junta con Él y tiene con Él próxima semejanza.

3. En lo cual habemos de advertir, que entre todas las criaturas superiores ni inferiores, ninguna hay que próximamente junte con Dios ni tenga semejanza con su Ser. Porque aunque es verdad que todas ellas tienen, como dicen los teólogos, cierta relación a Dios y rastro de Dios, unas más y otras menos, según su más principal o menos principal ser; de Dios a ellas ningún respecto hay ni semejanza esencial, antes la distancia que hay entre su divino Ser y el de ellas, es infinita; y por eso es imposible que el entendimiento pueda dar en Dios por medio de las criaturas, ahora sean celestiales, ahora terrenas, por cuanto no hay proporción de semejanza. De donde hablando David (*Sal.* 85, 8) de las celestiales, dice: *No hay semejante a Ti en los dioses, Señor;* llamando *dioses* a los ángeles y almas santas. Y en otra parte (*Sal.* 76, 14): *Dios, tu camino está en los santos; ¿qué dios grande hay como nuestro Dios?* Como si dijera: El camino para venir a ti, Dios, es camino santo, esto es, pureza de fe. Porque ¿qué dios habrá tan grande?, es a saber: ¿qué ángel tan levantado en ser, y qué santo tan levantado en gloria, será tan grande, que sea camino proporcionado y bastante para venir a Ti? Y hablando también el mismo

David *(Sal.* 137, 6) de los terrenales y celestiales juntamente, dice: *Alto es el Señor, y mira las cosas bajas, y las cosas altas conoce desde lejos.* Como si dijera: Siendo Él alto en su Ser, ve ser muy bajo el ser de las cosas de acá abajo comparándole con su alto Ser, y las cosas altas, que son las criaturas celestiales, velas y conócelas estar de su Ser muy lejos. Luego todas las criaturas no pueden servir de proporcionado medio al entendimiento para dar en Dios.

4. Ni más ni menos, todo lo que la imaginación puede imaginar, y el entendimiento recibir y entender en esta vida no es ni puede ser medio próximo para la unión de Dios.

Porque si hablamos naturalmente, como quiera que el entendimiento no puede entender cosa si no es lo que cabe y está debajo de las formas y fantasías de las cosas que por los sentidos corporales se reciben, las cuales cosas habemos dicho no pueden servir de medio, no se puede aprovechar de la inteligencia natural.

Pues si hablamos de la sobrenatural, según se puede en esta vida, de potencia ordinaria, no tiene el entendimiento disposición ni capacidad en la cárcel del cuerpo para recibir noticia clara de Dios; porque esa noticia no es de este estado, porque, o ha de morir, o no la ha de recibir. De donde pidiendo Moisés a Dios esa noticia clara, le respondió que no le podría ver, diciendo *(Ex.,* 33, 20): *No me verá hombre que pueda quedar vivo.* Por lo cual San Juan (1, 18) dice: *A Dios ninguno jamás le vio,* ni cosa que le parezca; que por eso san Pablo (1 *Cor.,* 2, 9) con Isaías (64, 4) dice: *Ni le vio ojo, ni le oyó oído, ni cayó en corazón de hombre.* Y ésta es la causa por qué Moisés en la zarza, como se dice en los Actos de los Apóstoles (7, 32),

no se atrevía a considerar, estando Dios presente; porque conocía que no había de poder considerar su entendimiento de Dios como convenía, conforme a lo que de Dios sentía. Y de Elías, nuestro Padre, se dice (3 *Reg.*, 19, 13) que en el monte se *cubrió el rostro en la presencia de Dios*, que significa cegar el entendimiento; lo cual él hizo allí, no se atreviendo a meter tan baja mano en cosa tan alta; viendo claro que cualquier cosa que considerara y particularmente entendiera, era muy distante y disímil a Dios.

5. Por tanto, ninguna noticia ni aprensión sobrenatural en este mortal estado le puede servir de medio próximo para la alta unión de amor con Dios. Porque todo lo que puede entender el entendimiento, y gustar la voluntad, y fabricar la imaginación, es muy disímil y desproporcionado, como habemos dicho, a Dios.

Lo cual todo lo dio a entender Isaías (40, 18-19) admirablemente en aquella tan notable autoridad, diciendo: *¿A qué cosa habéis podido hacer semejante a Dios? ¿O qué imagen le haréis que se le parezca? ¿Por ventura podrá fabricar alguna escultura el oficial de hierro? ¿O el que labra el oro, podrá fingirle con el otro, o el platero con láminas de plata?* Por el oficial del *hierro* se entiende el entendimiento, el cual tiene por oficio formar las inteligencias y desnudarlas del hierro de las especies y fantasías. Por el oficial del *oro* entiende la voluntad, la cual tiene habilidad de recibir figura y forma de deleite, causado del oro del amor. Por *el platero* que dice que no le figurará con las láminas de plata, se entiende la memoria con la imaginación, la cual bien propiamente se puede decir que sus noticias y las imaginaciones que puede fingir y fabricar son como láminas de

plata. Y así es como si dijera: Ni el entendimiento con sus inteligencias podrá entender cosa semejante a Él, ni la voluntad podrá gustar deleite y suavidad que se parezca a la que es Dios, ni la memoria pondrá en la imaginación noticias e imágenes que le representen. Luego claro está que al entendimiento ninguna de estas noticias le pueden inmediatamente encaminar a Dios; y que para llegar a Él, antes ha de ir no entendiendo, que queriendo entender; y antes cegándose y poniéndose en tiniebla, que abriendo los ojos para llegar más al divino rayo.

6. Y de aquí es, que la contemplación, por la cual el entendimiento tiene más alta noticia de Dios, llamada *teología mística*, que quiere decir sabiduría de Dios secreta; porque es secreta al mismo entendimiento que la recibe. Y por eso la llama san Dionisio *rayo de tiniebla*. De la cual dice el Profeta Baruc (3, 23): *No hay quien sepa el camino de ella, ni quien pueda pensar las sendas de ella.*

Luego claro está que el entendimiento se ha de cegar a todas las sendas que él puede alcanzar para unirse con Dios.

Aristóteles dice que de la misma manera que los ojos del murciélago se han con el sol, el cual totalmente le hace tinieblas, así nuestro entendimiento se ha a lo que es más luz en Dios, que totalmente nos es tiniebla. Y dice más: que cuanto las cosas de Dios son en sí más altas y más claras, son para nosotros más ignotas y oscuras.

Lo cual afirma también el Apóstol, diciendo (1 *Cor.*, 3, 19): *Lo que es alto de Dios, es de los hombres menos sabido.*

7. Y no acabaríamos a este paso de traer auto-

ridades y razones para probar y manifestar cómo no hay escalera con que el entendimiento pueda llegar a este alto Señor, entre todas las cosas criadas y que pueden caer en entendimiento; antes es necesario saber que si el entendimiento se quisiese aprovechar de todas estas cosas, o de algunas de ellas, por medio próximo para la tal unión, no sólo le serían impedimento, pero aún le serían ocasión de hartos errores y engaños en la subida de este Monte.

CAPITULO 9

Cómo la fe es el próximo y proporcionado medio al entendimiento para que el alma pueda llegar a la divina unión de amor.—Pruébalo con autoridades y figuras de la divina Escritura.

1. De lo dicho se colige que, para que el entendimiento esté dispuesto para esta divina unión, ha de quedar limpio y vacío de todo lo que puede caer en el sentido, desnudo y desocupado de todo lo que puede caer con claridad en el entendimiento íntimamente sosegado y acallado, puesto en fe, la cual es sólo el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios; porque es tanta la semejanza que hay entre ella y Dios, que no hay otra diferencia sino ser visto Dios o creído. Porque así como Dios es infinito, así ella nos le propone infinito; y así como es trino y uno, nos le propone ella trino y uno; y así como Dios es tiniebla para nuestro entendimiento, así ella también ciega y deslumbra nuestro entendimiento. Y así, por este solo medio, se manifiesta Dios al alma en divina luz, que excede todo entendimiento. Y, por tanto, cuanta más fe el alma tiene, más unida

está con Dios. Que eso es lo que quiso decir san Pablo en la autoridad que arriba dijimos, diciendo (*Hebr.*, 11, 6): *Al que se ha de juntar con Dios, conviénele que crea.* Esto es, que vaya por fe caminando a Él, lo cual ha de ser el entendimiento ciego y a oscuras en fe sólo; porque debajo de esta tiniebla se junta con Dios el entendimiento, y debajo de ella está Dios escondido, según lo dijo David (*Sal.* 17, 10) por estas palabras: *La oscuridad puso debajo de sus pies. Y subió sobre los querubines, y voló sobre las plumas del viento. Y puso por escondrijo las tinieblas y el agua tenebrosa.*

2. En lo que dice que *puso oscuridad debajo de sus pies,* y que *a las tinieblas tomó por escondrijo,* y aquel *su tabernáculo en derredor de Él en el agua tenebrosa,* se denota la oscuridad de la fe en que Él está encerrado. Y en decir que *subió sobre los querubines, y voló sobre las plumas de los vientos,* se da a entender cómo vuela sobre todo entendimiento. Porque *querubines* quiere decir inteligentes o contemplantes. Y *las plumas de los vientos* significan las sutiles y levantadas noticias y conceptos de los espíritus, sobre todas las cuales es su Ser, al cual ninguno puede de suyo alcanzar.

3. En figura de lo cual leemos en la Escritura, que acabando Salomón de edificar el Templo, bajó Dios en tiniebla, e hinchió el Templo de manera que no podían ver los hijos de Israel, y entonces habló Salomón y dijo (3 *Reg.*, 8, 12): *El Señor ha prometido que ha de morar en tiniebla.* También a Moisés en el monte se le apareció en tiniebla, en que estaba Dios encubierto. Y todas las veces que Dios se comunicaba mucho, parecía en tiniebla,

como es de ver en Job (38, 1: 40, 1), donde dice la Escritura que habló Dios con él desde el aire tenebroso. Las cuales tinieblas todas significan la oscuridad de la fe en que está encubierta la Divinidad, comunicándose el alma; la cual será acabada *cuando,* como dice san Pablo (1 *Cor.*, 13, 10), *se acabare lo que es en parte,* que es esta tiniebla de fe, y *viniere lo que es perfecto,* que es la divina luz. De lo cual también tenemos delante figura en la milicia de Gedeón *(Judic,* 7, 16), donde todos los soldados se dice que tenían luces en las manos y no las veían; porque las tenían escondidas en las tinieblas de los vasos, los cuales quebrados, luego pareció la luz. Y así la fe que es figurada por aquellos vasos, contiene en sí la divina luz; la cual acabada y quebrada por la quiebra y fin de esta vida mortal, luego parecerá la gloria y luz de la Divinidad que en sí contenía.

4. Luego claro está que para venir el alma en esta vida a unirse con Dios y comunicar inmediatamente con Él, que tiene necesidad de unirse con la *tiniebla que dijo* Salomón *en que había Dios prometido de morar;* y de ponerse junto al *aire tenebroso* en que fue Dios servido de revelar sus secretos a Job; y tomar en las manos a oscuras *las urnas* de Gedeón, para tener en sus manos (esto es, en las obras de su voluntad) la luz, que es la unión de amor, aunque a oscuras en fe, para que luego en quebrándose los vasos de esta vida, que sólo impedían la luz de la fe, se vea cara a cara en la gloria.

5. Resta, pues, ahora decir en particular de todas las inteligencias y aprensiones que puede recibir el entendimiento, el impedimento y daño que puede recibir en este camino de fe; y cómo se ha

de haber el alma en ellas para que antes le sean provechosas que dañosas, así las que son de parte de los sentidos como las que son del espíritu.

CAPITULO 10

En que se hace distinción de todas las aprensiones e inteligencias que pueden caer en el entendimiento.

1. Para haber de tratar en particular del provecho y daño que pueden hacer al alma, acerca de este medio que habemos dicho de fe para la divina unión, las noticias y aprensiones del entendimiento, es necesario poner aquí una distinción de todas las aprensiones, así naturales como sobrenaturales, que puede recibir, para que luego por su orden más distintamente vayamos enderezando en ellas al entendimiento en la noche y oscuridad de la fe, lo cual será con la brevedad que pudiéremos.

2. Es, pues, de saber que por dos vías puede el entendimiento recibir noticias e inteligencias: la una es natural, y la otra sobrenatural. La natural es todo aquello que el entendimiento puede entender, ahora por vía de los sentidos corporales, ahora por sí mismo. La sobrenatural es todo aquello que se da al entendimiento sobre su capacidad y habilidad natural.

3. De estas noticias sobrenaturales, unas son *corporales*, otras son *espirituales*.

Las *corporales* son en dos maneras: unas que por vía de los sentidos corporales *exteriores* las recibe; otras por vía de los sentidos corporales *in-*

teriores, en que se comprende todo lo que la imaginación puede comprender, fingir y fabricar.

4. Las *espirituales* son también en dos maneras: unas, distintas y *particulares,* y otra es confusa, oscura y general.

Entre las distintas y *particulares* entran cuatro maneras de aprensiones particulares que se comunican al espíritu, no mediante algún sentido corporal, y son: visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales.

La inteligencia oscura y *general* está en una sola, que es la contemplación que se da en fe. En ésta habemos de poner al alma, encaminándola a ella por todas esotras, comenzando por las primeras, y desnudándola de ellas.

CAPITULO 11

Del impedimento y daño que puede haber en las aprensiones del entendimiento por vía de lo que sobrenaturalmente se representa a los sentidos corporales exteriores, y cómo el alma se ha de haber en ellas.

1. Las primeras noticias que habemos dicho en el precedente capítulo son las que pertenecen al entendimiento por vía *natural.* De las cuales, porque habemos ya tratado en el libro primero, donde encaminamos al alma en la *Noche del sentido,* no hablaremos aquí palabra, porque allí dimos doctrina congrua para el alma acerca de ellas.

Por tanto, lo que habemos de tratar en el presente capítulo será de aquellas noticias y aprensiones que solamente pertenecen al entendimiento

sobrenaturalmente, por vía de los sentidos corporales exteriores, que son: ver, oír, oler, gustar y tocar. Acerca de todos los cuales pueden y suelen nacer a los espirituales representaciones y objetos sobrenaturales.

Porque acerca de la *vista* se les suelen representar figuras y personajes de la otra vida, de algunos santos y figuras de ángeles, buenos y malos, y algunas luces y resplandores extraordinarios.

Y con los *oídos* oír algunas palabras extraordinarias, ahora dichas por esas figuras que ven, ahora sin ver quién las dice.

En el *olfato* sienten a veces olores suavísimos sensiblemente, sin saber de dónde proceden.

También en el *gusto* acaece sentir muy suave sabor, y en el *tacto* grande deleite, y a veces tanto, que parece que todas las medulas y huesos gozan y florecen, y se bañan en deleite; cual suele ser la que llaman unción del espíritu, que procede de él a los miembros de limpias almas.

Y este gusto del sentido es muy ordinario a los espirituales, porque del afecto y devoción del espíritu sensible les procede más o menos, a cada cual en su manera.

2. Y es de saber, que aunque todas estas cosas pueden acaecer a los sentidos corporales por vía de Dios, nunca jamás se han de asegurar en ellas ni las han de admitir, antes totalmente han de huir de ellas, sin querer examinar si son buenas o malas; porque, así como son más exteriores y corporales, así tanto menos ciertas son de Dios. Porque más propio y ordinario le es a Dios comunicarse al espíritu, en lo cual hay más seguridad y provecho para el alma, que al sentido, en el cual ordinariamente hay mucho peligro y engaño; por cuanto en ellas se hace el sentido corporal juez y

estimador de las cosas espirituales, pensando que son así como lo siente; siendo ellas tan diferentes como el cuerpo del alma y la sensibilidad de la razón. Porque tan ignorante es el sentido corporal de las cosas espirituales, y aún más, como un jumento de las cosas racionales, y aún más.

3. Y así yerra mucho el que las tales cosas estima, y en gran peligro se pone de ser engañado; y por lo menos tendrá en sí total impedimento para ir a lo espiritual. Porque todas aquellas cosas corporales no tienen, como habemos dicho, proporción alguna con las espirituales. Y así, siempre se han de tener las tales cosas por más cierto ser del demonio que de Dios; el cual en lo más exterior y corporal tiene más mano, y más fácilmente puede engañar en esto que en lo que es más interior y espiritual.

4. Y estos objetos y formas corporales, cuanto ellos son en sí más exteriores, tanto menos provecho hacen al interior y al espíritu, por la mucha distancia y poca proporción que hay entre lo que es corporal o espiritual. Porque aunque de ellas se comunique algún espíritu, como se comunica siempre que son de Dios, es mucho menos que si las mismas cosas fueran más espirituales e inferiores. Y así, son muy fáciles y ocasionadas para criar error y presunción y vanidad en el alma, porque como son tan palpables y materiales mueven mucho al sentido, y parécele al juicio del alma que es más, por ser más sensible, y vase tras ello desamparando a la fe, pensando que aquella luz es la guía y medio de su pretensión, que es la unión de Dios; y pierde más el camino y medio, que es la fe, cuanto más caso hace de las tales cosas.

5. Y demás de eso, como ve el alma que le su-

ceden tales cosas y extraordinarias, muchas veces se le injiere secretamente cierta opinión de sí de que ya es algo delante de Dios, lo cual es contra humildad; y también el demonio sabe injerir en el alma satisfacción de sí oculta, y a veces harto manifiesta; y por eso él pone muchas veces estos objetos en los sentidos, demostrando a la vista figuras de santos y resplandores hermosísimos, y palabras a los oídos harto disimuladas, y olores muy suaves, y dulzuras en la boca, y en el tacto deleite; para que, engolosinándolos por allí, los induzca en muchos males.

Por tanto, siempre se han de desechar tales representaciones y sentimientos. Porque dado caso que algunas sean de Dios, no por eso se hace a Dios agravio, ni se deja de recibir el efecto y fruto que quiere Dios por ellas hacer al alma, porque el alma les deseche y no las quiera.

6. La razón de esto es, porque la visión corporal, o sentimiento en alguno de los otros sentidos, así como también en otra cualquiera comunicación de las más interiores, si es de Dios, en ese mismo punto que parece o se siente, hace su efecto en el espíritu, sin dar lugar a que el alma tenga tiempo de deliberación en quererlo o no quererlo. Porque así como Dios da aquellas cosas sobrenaturalmente sin diligencia y habilidad de ella, hace Dios el efecto que quiere con las tales cosas en ella; porque es cosa que se hace y obra pasivamente en el espíritu; y así no consiste en querer o no querer, para que sea o deje de ser. Así como si a uno echasen fuego estando desnudo, poco aprovecharía no querer quemarse; porque el fuego por fuerza había de hacer su efecto. Y así son las visiones y representaciones buenas, que aunque el alma

no quiera, hacen su efecto en ella primera y principalmente que en el cuerpo.

También las que son de parte del demonio—sin que el alma las quiera—, causan en ella alboroto o sequedad o vanidad o presunción en el espíritu. Aunque éstas no son de tanta eficacia en el mal como las de Dios en el bien; porque las del demonio sólo pueden poner primeros movimientos en la voluntad, y no moverla a más si ella no quiere; y alguna inquietud, que no dura mucho, si el poco ánimo y recato del alma no da causa que dure. Mas las que son de Dios, penetran el alma y mueven la voluntad a amar, y dejan su efecto, el cual no puede el alma resistir aunque quiera, más que la vidriera al rayo del sol cuando da en ella.

7. Por tanto, el alma nunca se ha de atrever a quererlas admitir, aunque, como digo, sean de Dios; porque si las quiere admitir, hay seis inconvenientes.

El primero, que se le va disminuyendo la fe; porque mucho derogan a la fe las cosas que se experimentan con los sentidos; porque la fe, como habemos dicho, es sobre todo sentido. Y así, apártase del medio de la unión de Dios no cerrando los ojos del alma a todas esas cosas del sentido.

Lo segundo, que son impedimento para el espíritu si no se niegan, porque se detiene en ellas el alma y no vuela el espíritu a lo invisible. De donde una de las causas por donde dijo el Señor a sus discípulos que les convenía que Él se fuese para que viniese el Espíritu Santo, era ésta: así como tampoco dejó a María Magdalena que llegase a sus pies, después de resucitado, porque se fundase en fe.

Lo tercero, es que va el alma teniendo propie-

dad en las tales cosas, y no camina a la verdadera resignación y desnudez de espíritu.

Lo cuarto, que va perdiendo el efecto de ellas y el espíritu que causan en lo interior, porque pone los ojos en lo sensual de ellas, que es lo menos principal. Y así no recibe tan copiosamente el espíritu que causan, el cual se imprime y conserva más negando todo lo sensible, que es muy diferente del puro espíritu.

Lo quinto, que va perdiendo las mercedes de Dios, porque las va tomando con propiedad y no se aprovecha bien de ellas. Y tomándolas con propiedad y no aprovechándose de ellas, es quererlas tomar; porque no se le da Dios para que el alma las quiera tomar; pues que nunca se ha de determinar el alma a creer que son de Dios.

Lo sexto es que en quererlas admitir abre puerta al demonio para que la engañe en otras semejantes, las cuales sabe él muy bien disimular y disfrazar, de manera que parezcan a las buenas; pues puede, como dice el Apóstol (2 *Cor.*, 11, 14), *transfigurarse en ángel de la luz*. De lo cual trataremos después, mediante el favor divino, en el libro tercero, en el capítulo de la gula espiritual.

8. Por tanto, siempre conviene al alma desecharlas a ojos cerrados, sean de quien se fueren. Porque, si no lo hiciese, tanto lugar daría a las del demonio, y al demonio tanta mano, que no sólo a vueltas de las unas recibiría las otras; mas de tal manera irían multiplicándose las del demonio y cesando las de Dios, que todo se vendría a quedar en demonio y nada de Dios. Como ha acaecido a muchas almas incautas y de poco saber, las cuales de tal manera se aseguraron en recibir estas cosas, que muchas de ellas tuvieron mucho que hacer en volver a Dios en la pureza de la fe: y muchas no

pudieron volver, habiendo ya el demonio echado en ellas muchas raíces. Por eso es bueno cerrarse a ellas y negarlas todas. Porque en las malas se quitan los errores del demonio, y en las buenas el impedimento de la fe, y coge el espíritu el fruto de ellas.

Y así como cuando las admite, las va Dios quitando porque en ellas tienen propiedad, no aprovechándose ordenadamente de ellas, y va el demonio injiriendo y aumentando las suyas, porque halla lugar y causa para ellas, así cuando el alma está resignada y contraria a ellas, el demonio va cesando de que ve que no hace daño; y Dios, por el contrario, va aumentando y aventajando las mercedes en aquella alma humilde y desapropiada, *haciéndola sobre lo mucho (Mt.*, 25, 21) como al siervo que fue fiel en lo poco.

9. En las cuales mercedes, si todavía el alma fuere fiel y retirada, no parará el Señor hasta subirla de grado en grado hasta la divina unión y transformación. Porque nuestro Señor de tal manera va probando al alma y levantándola, que primero la da cosas muy exteriores y bajas, según el sentido, conforme a su poca capacidad, para que, habiéndose ella como debe, tomando aquellos primeros bocados con sobriedad para fuerza y sustancia, la lleve a más y mejor manjar; de manera que si venciere al demonio en lo primero, pasará a lo segundo; y si también en lo segundo, pasará a lo tercero; y de ahí adelante todas las siete mansiones, hasta meterla el Esposo en la *cela vinaria (Cant.*, 2, 4) de su perfecta caridad, que son los siete grados de amor.

10. Dichosa el alma que supiere pelear contra aquella bestia del Apocalipsis (12, 3), que tiene *siete*

cabezas, contrarias a estos siete grados de amor, con las cuales contra cada uno hace guerra, y con cada uno pelea con el alma en cada una de estas mansiones, en que ella está ejercitando y ganando cada grado de amor de Dios; que sin duda, que si ella fielmente peleare en cada una y venciere merecerá pasar de grado en grado y de mansión en mansión hasta la última, dejando cortadas a la bestia sus siete cabezas con que le hacía la guerra furiosa; tanto, que dice allí san Juan que *le fue dado que pelease contra los santos y los pudiese vencer* en cada uno de estos grados de amor, poniendo contra cada uno armas y municiones bastantes.

Y así, es mucho de doler, que muchos, entrando en esta batalla espiritual contra la bestia, aún no sean para cortarle la primera cabeza, negando las cosas sensuales del mundo. Y ya que algunos acaban consigo y se la cortan, no le cortan la segunda, que es las visiones del sentido, de que vamos hablando. Pero lo que más duele es que algunos, habiendo cortado no sólo la segunda y primera, sino aun la tercera, que es acerca de los sentidos sensitivos interiores, pasando de estado de meditación y aún más adelante, al tiempo de entrar en lo puro del espíritu los vence esta espiritual bestia, y vuelve a levantar contra ellos, y a resucitar hasta la primera cabeza, y *hácense las postrimerías de ellos peores que las primeras* en su recaída, *tomando otros siete espíritus consigo, peores que él (Mt.,* 12, 45).

11. Ha, pues, el espiritual de negar todas las aprensiones con los deleites temporales que caen en los sentidos exteriores, si quiere cortar la primera cabeza y segunda a esta bestia, entrando en el primer aposento de amor y segundo de viva fe,

no queriendo hacer presa ni embarazarse con lo que se les da a los sentidos, por cuanto es lo que más deroga a la fe.

12. Luego claro está que estas visiones y aprensiones sensitivas no pueden ser medio para la unión, pues que ninguna proporción tienen con Dios; y una de las causas porque no quería Cristo que le tocase la Magdalena y santo Tomás era ésta. Y así, el demonio gusta mucho cuando un alma quiere admitir revelaciones y las ve inclinada a ellas, porque tiene él entonces mucha ocasión y mano para injerir errores y derogar en lo que pudiere a la fe; porque, como he dicho, grande rudeza se pone en el alma que las quiere, acerca de ella, y aun a veces, hastas tentaciones e impertinencias.

13. Heme alargado algo en estas aprensiones exteriores, por dar y abrir alguna más luz para las demás, de que luego habemos de tratar. Pero había tanto que decir en esta parte, que fuera nunca acabar; y entiendo he abreviado demasiado, sólo con decir que tenga cuidado de nunca las admitir, si no fuese algo con algún muy raro parecer, y entonces no con gana ninguna de ello. Me parece basta en esta parte lo dicho.

CAPITULO 12

En que se trata de las aprensiones imaginarias naturales.—Dice qué cosa sean, y prueba cómo no pueden ser proporcionado medio para llegar a la unión de Dios, y el daño que hace no saber desasirse de ellas.

1. Antes que tratemos de las visiones imagina rias que sobrenaturalmente suelen ocurrir al sen-

tido interior, que es la imaginativa y fantasía, conviene aquí tratar, para que procedamos con orden, de las aprensiones *naturales* de ese mismo interior sentido corporal, para que vayamos procediendo de lo menos a lo más, y de lo más exterior hasta lo más interior, hasta llegar al íntimo recogimiento donde el alma se une con Dios. Y ese mismo orden habemos seguido hasta aquí; porque primero tratamos de desnudar los sentidos exteriores de las aprensiones *naturales* de los objetos, y por el consiguiente, de las fuerzas naturales de los apetitos, lo cual fue en el primer libro, donde hablamos de la *Noche del sentido;* y luego comenzamos a desnudar a esos mismos sentidos de las aprensiones exteriores *sobrenaturales* que acaecen a los sentidos exteriores—según en el pasado capítulo acabamos de hacer—para encaminar al alma en la *Noche del espíritu.*

2. En este segundo libro, lo que primero ocurre ahora es el sentido corporal interior, que es *la imaginativa y fantasía:* de la cual también habemos de vaciar todas las formas y aprensiones imaginarias que *naturalmente* en él pueden caer, y probar cómo es imposible que el alma llegue a la unión de Dios hasta que cese su operación en ellas, por cuanto no pueden ser propio medio y próximo de la tal unión.

3. Es, pues, de saber que los sentidos de que aquí particularmente hablamos son dos sentidos corporales interiores, que se llaman *imaginativa y fantasía,* los cuales ordenadamente se sirven el uno al otro; porque el uno discurre imaginando, y el otro forma la imaginación o lo imaginado fantaseando; y para nuestro propósito lo mismo es tratar del uno que del otro. Por lo cual, cuando no

los nombráremos a entrambos, téngase por entendido, según aquí habemos de ellos dicho. De aquí, pues, es que todo lo que estos sentidos pueden recibir y fabricar, se llaman imaginaciones y fantasías, que son formas que con imagen y figura de cuerpo se representan a estos sentidos. Las cuales pueden ser en dos maneras: unas sobrenaturales, que, sin obra de estos sentidos, se pueden representar y representan a ellos pasivamente, las cuales llamamos visiones imaginarias por vía sobrenatural, de que habemos de hablar después. Otras son naturales, que son las que por su habilidad activamente pueden fabricar en sí por su operación debajo de formas, figuras e imágenes. Y así a estas dos potencias pertenece la meditación, que es acto discursivo por medio de imágenes, formas y figuras fabricadas e imaginadas por los dichos sentidos, así como imaginar a Cristo crucificado o en la columna o en otro paso; o a Dios con grande majestad en un trono, o considerar e imaginar la gloria como una hermosísima luz, etc.; y por el semejante, otras cualesquiera cosas, ahora divinas, ahora humanas, que puedan caer en la imaginativa.

Todas las cuales imaginaciones se han de venir a vaciar del alma, quedándose a oscuras según este sentido para llegar a la divina unión, por cuanto no pueden tener alguna proporción de próximo medio con Dios, tampoco como las corporales, que sirven de objeto a los cinco sentidos exteriores.

4. La razón de esto es, porque la imaginación no puede fabricar ni imaginar cosas algunas fuera de las que con los sentidos exteriores ha experimentado, es a saber: visto con los ojos, oído con los oídos, etcétera; o cuando mucho, componer

semejanzas de estas cosas vistas u oídas y sentidas, que no suben a mayor entidad, ni a tanta, que aquellas que recibió por los sentidos dichos. Porque, aunque imagine palacios de perlas y montes de oro porque ha visto oro y perlas, en la verdad menos es todo aquello que la esencia de un poco de oro o de una perla, aunque en la imaginación sea más en cantidad y compostura. Y por cuanto todas las cosas criadas, como ya está dicho, no pueden tener alguna proporción con el ser de Dios, de ahí se sigue que todo lo que se imaginare a semejanza de ellas, no pueden servir de medio próximo para la unión con Él, antes, como decimos, mucho menos.

5. De donde los que imaginan a Dios debajo de algunas figuras de éstas, o como un gran fuego o resplandor, u otras cualesquier formas, y piensan que algo de ello será semejante a Él, harto lejos van de Él. Porque, aunque a los principiantes son necesarias estas consideraciones y formas y modos de meditaciones para ir enamorando y cebando el alma por el sentido, como después diremos, y así les sirven de *medios remotos* para unirse con Dios, por los cuales ordinariamente han de pasar las almas para llegar al término y estancia del reposo espiritual; pero ha de ser de manera que pasen por ellos, y no se estén siempre en ellos, porque de esa manera nunca llegarían al término, el cual no es como los medios remotos, ni tiene que ver con ellos; así como las gradas de la escalera no tienen que ver con el término y estancia de la subida, para lo cual son medios. Y si el que sube no fuese dejando atrás las gradas hasta que no dejase ninguna, y se quisiese estar en alguna de ellas, nunca llegaría ni subiría a la llana y apacible estancia del término. Por lo cual, el alma que hu-

biere de llegar en esta vida a la unión de aquel sumo descanso y bien, por todos los grados de consideraciones, formas y noticias ha de pasar y acabar con ellas; pues ninguna semejanza ni proporción tienen con el término a que encaminan, que es Dios. De donde en los Actos de los Apóstoles (17, 29) dice san Pablo: *Non debemus aestimare, auro, vel argento, aut lapidi sculturae artis, et cogitationis hominis, divinum esse simile.* Que quiere decir: No debemos estimar ni tener por semejante lo divino al oro ni a la plata, o a la piedra figurada por el arte, y a lo que el hombre puede fabricar con la imaginación.

6. De donde yerran mucho muchos espirituales, los cuales, habiendo ellos ejercitádose en llegarse a Dios por imágenes y formas y meditaciones, cual conviene a principiantes, queriéndolos Dios recoger a bienes más espirituales interiores e invisibles, quitándoles ya el gusto y jugo de la meditación discursiva, ellos no acaban, ni se atreven, ni saben desasirse de aquellos modos palpables a que están acostumbrados; y así todavía trabajan por tenerlos, queriendo ir por consideración y meditación de formas, como antes, pensando que siempre había de ser así. En lo cual trabajan ya mucho y hallan poco jugo o nada; antes se les aumenta y crece la sequedad y fatiga e inquietud del alma, cuanto más trabajan por aquel jugo primero; el cual es ya excusado poder hallar en aquella manera primera, porque ya no gusta el alma de aquel manjar, como habemos dicho, tan sensible, sino de otro más delicado y más interior y menos sensible, que no consiste en trabajar con la imaginación, sino en reposar el alma y dejarla estar en su quietud y reposo, lo cual es más espiritual. Porque cuanto el alma se pone más en

espíritu, más cesa en obra de las potencias en actos particulares, porque se pone ella más en un acto general y puro, y así cesan de obrar las potencias que caminaban para aquello donde el alma llegó; así como cesan y paran los pies acabando su jornada. Porque si todo fuese andar, nunca habría llegar; y si todo fuese medios, ¿dónde o cuándo se gozarían los fines y términos?

7. Por lo cual, es lástima ver que hay muchos que queriéndose su alma estar en esta paz y descanso de quietud interior, donde se llena de paz y refección de Dios, ellos la desasosiegan y sacan afuera a lo más exterior, y la quieren hacer volver a que ande lo andado y sin propósito, y que deje el término y fin en que ya reposa, por los medios que encaminaban a él, que son las consideraciones. Lo cual no acaece sin gran desgana y repugnancia del alma, que se quisiera estar en aquella paz que no entiende, como en su propio puesto; bien así como el que llegó con trabajo donde descansa, si le hacen volver al trabajo siente pena. Y como ellos no saben el misterio de aquella novedad, dales imaginación que es estarse ociosos y no haciendo nada; y así no se dejan quietar, procurando considerar y discurrir. De donde se llenan de sequedad y trabajo por sacar el jugo que ya por allí no han de sacar; antes les podemos decir, que mientras más aprietan, menos les aprovecha, porque, cuanto más porfían de aquella manera, se hallan peor, porque más sacan al alma de la paz espiritual; y es dejar lo más por lo menos, y desandar lo andado y querer hacer lo que está hecho.

8. A estos tales se les ha de decir que aprendan a estarse con atención y advertencia amorosa en Dios en aquella quietud, y que no se den nada

por la imaginación ni por la obra de ella; pues aquí, como decimos, descansan las potencias, y no obran activamente, sino pasivamente, recibiendo lo que Dios obra en ellas; y si algunas veces obran, no es con fuerza ni muy procurado discurso, sino con suavidad de amor más movidas de Dios que de la misma habilidad del alma, como adelante se declarará.

Mas ahora baste esto para dar a entender cómo conviene y es necesario a los que pretenden pasar adelante, saberse desasir de todos esos modos y maneras y obras de la imaginación en el tiempo y sazón que lo pide y requiere el aprovechamiento del estado que llevan.

9. Y para que se entienda cuál y a qué tiempo ha de ser, diremos en el capítulo siguiente algunas señales que ha de ver en sí el espiritual, para entender por ellas la sazón y tiempo en que libremente puede usar del término dicho, y dejar de caminar por el discurso y obra de la imaginación.

CAPITULO 13

En que se ponen las señales que ha de haber en sí el espiritual por las cuales se conozca en qué tiempo le conviene dejar la meditación y discurso, y pasar al estado de contemplación.

1. Y porque esta doctrina no quede confusa, convendrá en este capítulo dar a entender a qué tiempo y sazón convendrá que el espiritual deje la obra del discursivo meditar por las dichas imaginaciones y formas y figuras, porque no se dejen antes o después que lo pide el espíritu. Porque así como conviene dejarlas a su tiempo para ir a

Dios porque no impidan, así también es necesario no dejar la dicha meditación imaginaria antes de tiempo para no volver atrás. Porque aunque no sirven las aprensiones de estas potencias para medio *próximo* de unión a los aprovechados, todavía sirven de medio *remoto* a los principiantes para disponer y habituar el espíritu a lo espiritual por el sentido, y para de camino vaciar del sentido todas las otras formas e imágenes bajas, temporales y seculares y naturales. Para lo cual diremos aquí algunas señales y muestras que ha de haber en sí el espiritual, en que conozca si convendría dejarlas o no en aquel tiempo.

2. La *primera* es ver en sí que ya no puede meditar ni discurrir con la imaginación, ni gustar de ello como de antes solía; antes halla ya sequedad en lo que de antes solía fijar el sentido y sacar jugo. Pero en tanto que sacare jugo y pudiere discurrir en la meditación, no la ha de dejar, si no fuere cuando su alma se pusiere en la paz y quietud que se dice en la tercera señal.

3. La *segunda* es cuando ve no le da ninguna gana de poner la imaginación ni el sentido en otras cosas particulares, exteriores ni interiores. No digo que no vaya y venga—que ésta aun en mucho recogimiento suele andar suelta—, sino que no guste el alma de ponerla de propósito en otras cosas.

4. La *tercera,* y más cierta, es si el alma gusta de estarse a solas con atención amorosa a Dios sin particular consideración, en paz interior y quietud y descanso, y sin actos y ejercicios de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, a lo menos discursivos, que es ir de uno en otro; sino sólo con la atención y noticia general, amorosa, que deci-

mos, sin particular inteligencia y sin entender sobre qué.

5. Estas *tres* señales ha de ver en *sí juntas*, por lo menos, el espiritual, para atreverse seguramente a dejar el estado de meditación y del sentido, y entrar en el de contemplación y del espíritu.

6. Y no basta tener la primera sola sin la segunda, porque podría ser que no poder ya imaginar y meditar en las cosas de Dios como antes, fuese por su distracción y poca diligencia, para lo cual ha de ver en sí también la segunda, que es no tener gana ni apetito de pensar en otras cosas extrañas; porque cuando procede de distracción o tibieza el no poder fijar la imaginación y sentido en las cosas de Dios, luego tiene apetito y gana de ponerla en otras cosas diferentes, y motivo de irse de allí.

Ni tampoco basta ver en sí la primera y segunda señal, si no viere también juntamente la tercera; porque, aunque se vea que no puede discurrir ni pensar en las cosas de Dios, y que tampoco le da gana pensar en las que son diferentes, podría proceder de melancolía o de algún otro jugo de humor puesto en el cerebro o en el corazón, que suelen causar en el sentido cierto empapamiento y suspensión que le hace no pensar en nada, ni querer ni tener gana de pensarlo, sino de estarse en aquel embelesamiento sabroso. Contra lo cual ha de tener la terceca, que es noticia y atención amorosa en paz, etc., como habemos dicho.

7. Aunque verdad es que a los principios que comienza este estado, casi no se echa de ver esta noticia amorosa, y es por dos causas: la una, porque a los principios suele ser esta noticia amorosa muy sutil y delicada, y casi insensible; y la otra,

porque habiendo estado habituada el alma al otro ejercicio de la meditación, que es totalmente sensible, no echa de ver ni casi siente estotra novedad insensible que es ya pura de espíritu, mayormente cuando, por no lo entender ella, no se deja sosegar en ello, procurando lo otro más sensible; con lo cual, aunque más abundante sea la paz interior amorosa, no se da lugar a sentirla y gozarla. Pero cuando más se fuere habituando el alma en dejarse sosegar, irá siempre creciendo en ella y sintiéndose más aquella amorosa noticia general de Dios, de que gusta ella más que de todas las cosas, porque le causa paz, descanso, sabor y deleite sin trabajo.

8. Y porque lo dicho quede más claro, daremos las causas y razones en este capítulo siguiente, por donde parecerán necesarias las dichas tres señales para caminar al espíritu.

CAPITULO 14

En el cual se prueba la conveniencia de estas señales, dando razón de la necesidad de lo dicho en ellas para ir adelante.

1. Acerca de la *primera señal* que decimos, es de saber, que hacer el espiritual, para entrar en la vía del espíritu—que es la contemplativa—, de dejar la vía imaginaria y de meditación sensible, cuando ya no gusta de ella ni puede discurrir, es por dos cosas que casi se encierran en una:

La primera, porque en cierta manera se le ha dado al alma todo el bien espiritual que había de hallar en las cosas de Dios por vía de la meditación y discurso, cuyo indicio es el no poder ya me-

ditar ni discurrir como antes, y no hallar en ello jugo ni gusto de nuevo como antes hallaba, porque no había corrido hasta entonces hasta el espíritu que allí había para él. Porque ordinariamente, todas las veces que el alma recibe algún bien espiritual, lo recibe gustando, al menos con el espíritu, en aquel medio por donde le recibe y le hace provecho; y si no, por maravilla le aprovecha, ni halla en la causa de él aquel arrimo y jugo que halla cuando le recibe. Porque es al modo que dicen los filósofos, que *Quod sapit, nutrit.* Esto es: Lo que da sabor, cría y engorda. Por lo cual dijo el santo Job (6, 6): *Numquid poterit comedi insulsum, quod non est sale conditum?* ¿Por ventura podráse comer lo desabrido, que no está guisado con sal? Esta es la causa de no poder considerar ni discurrir como antes: el poco sabor que en ello halla el espíritu y el poco provecho.

2. La segunda es porque ya el alma en este tiempo tiene el espíritu de la meditación en sustancia y hábito. Porque es de saber, que el fin de la meditación y discurso en las cosas de Dios es sacar alguna noticia y amor de Dios, y cada vez que por la meditación el alma la saca en un acto; y así como muchos actos en cualquier cosa vienen a engendrar hábito en el alma, así muchos actos de estas noticias amorosas que el alma ha ido sacando en veces particularmente, vienen por el uso a continuarse tanto, que se hace hábito en ella. Lo cual también Dios suele hacer en muchas almas sin medio de estos actos—a lo menos, sin haber precedido muchos—, poniéndolas luego en contemplación. Y así, lo que antes el alma iba sacando en veces por su trabajo de meditar en noticias particulares, ya como decimos, por el uso se ha hecho y vuelto en ella en hábito y sustancia de una no-

ticia amorosa general, no distinta ni particular como antes. Por lo cual, en poniéndose en oración, ya, como quien tiene allegada el agua, bebe sin trabajo en suavidad, sin ser necesario sacarla por los arcaduces de las pasadas consideraciones y formas y figuras. De manera que, luego en poniéndose delante de Dios, se pone en acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada en que está el alma bebiendo sabiduría y amor y sabor.

3. Y ésta es la causa por qué el alma siente mucho trabajo y sinsabor, cuando estando en este sosiego, la quieren hacer meditar y trabajar en particulares noticias. Porque la acaece como al niño, que estando recibiendo la leche que ya tiene en el pecho allegada y junta, le quitan el pecho y le hacen que con la diligencia de su estrujar y manosear la vuelva a querer sacar y juntar. O como el que habiendo quitado la corteza, está gustando la substancia, si se la hiciesen dejar para que volviese a quitar la dicha corteza, que ya estaba quitada, que no hallaría corteza, y dejaría de gustar de la substancia que ya tenía entre las manos, siendo en esto semejante al que deja la presa que tiene por la que no tiene.

4. Y así hacen muchos que comienzan a entrar en este estado, que pensando que todo el negocio está en ir discurriendo y entendiendo particularidades por imágenes y formas, que son la corteza del espíritu, como no las hallan en aquella quietud amorosa y substancial en que se quiere estar su alma, donde no entienden cosa clara, piensan que se van perdiendo y que pierden tiempo, y vuelven a buscar la corteza de su imagen y discurso, la cual no hallan, porque está ya quitada; y así no gozan la substancia, ni hallan meditación, y túrban-

se a sí mismos pensando que vuelven atrás, y que se pierden. Y, la verdad, se pierden, aunque no como ellos piensan, porque se pierden a los propios sentidos y a la primera manera de sentir; lo cual es irse ganando al espíritu que se les va dando. En el cual, cuanto van ellos menos entendiendo, van entrando más en la *Noche del espíritu*, de que en este libro tratamos, por donde han de pasar para unirse con Dios sobre todo saber.

5. Acerca de la *segunda señal* poco hay que decir, aunque ya se ve que de necesidad no ha de gustar el alma en este tiempo de otras imágenes diferentes, que son del mundo, pues de las que son más conformes, que son las de Dios, según habemos dicho, no gusta por las causas ya dichas. Solamente, como arriba queda notado, suele en este recogimiento la imaginativa de suyo ir y venir, y variar; mas no con gusto y voluntad del alma, antes en ello siente pena, porque la inquieta la paz y sabor.

6. Y que *la tercera señal* sea conveniente y necesaria para poder dejar la dicha meditación, la cual es la noticia o advertencia general en Dios y amorosa, tampoco entiendo era menester decir aquí nada, por cuanto ya en la primera queda dado a entender algo, y después, de ella hemos de tratar de propósito, cuando hablemos de esta noticia general y confusa en su lugar, que será después de todas las aprensiones particulares del entendimiento.

Pero diremos sola una razón con que se vea claro cómo, en caso que el contemplativo haya de dejar la vía de meditación y discurso, le es necesaria esta noticia o advertencia amorosa en general de Dios; y es porque si el alma, entonces, no tu-

viese esa noticia o asistencia en Dios, seguirse hía que ni haría nada ni tendría nada el alma; porque dejando la meditación, mediante la cual obra el alma discurriendo con las potencias sensitivas, y faltándole también la contemplación, que es la noticia general que decimos, en la cual tiene el alma actuadas las potencias espirituales, que son memoria, entendimiento y voluntad, unidas ya en esta noticia obrada ya y recibida en ellas, faltarle hía necesariamente al alma todo ejercicio acerca de Dios, como quiera que el alma no pueda obrar ni recibir lo obrado, si no es por vía de estas dos maneras de potencias sensitivas y espirituales; porque, como habemos dicho, mediante las potencias sensitivas puede ella discurrir y buscar y obrar las noticias de los objetos; y mediante las potencias espirituales, puede gozar las noticias ya recibidas en estas dichas potencias, sin que obren ya las potencias.

7. Y así, la diferencia que hay del ejercicio que el alma hace acerca de las unas y de las otras potencias, es la que hay entre ir obrando y gozar ya de la obra hecha; o la que hay entre el trabajo de ir caminando, y el descanso y quietud que hay en el término; que es también como estar guisando la comida, o estar comiéndola y gustándola ya guisada y masticada, sin alguna manera de ejercicio de obra; y la que hay entre ir recibiendo y aprovechándose ya del recibo. Y si, acerca del obrar con las potencias sensitivas, que es la meditación y discurso, o acerca de lo ya recibido y obrado en las potencias espirituales, que es la contemplación y noticia que habemos dicho, no estuviese el alma empleada, estando ociosa de las unas y de las otras, no había de dónde ni por dónde se pudiese decir que estaba el alma empleada. Es, pues, ne-

cesaria esta noticia para haber de dejar la vía de meditación y discurso.

8. Pero conviene aquí saber que esta noticia general de que vamos hablando es a veces tan sutil y delicada, mayormente cuando ella es más pura y sencilla y perfecta, y más espiritual e interior, que el alma, aunque está empleada en ella, no la echa de ver ni la siente. Y aquesto acaece más cuando decimos que ella es en sí más clara, perfecta y sencilla; y entonces lo es, cuando ella embiste en el alma más limpia y ajena de otras inteligencias y noticias particulares, en que podría hacer presa el entendimiento o sentido; la cual, por carecer de éstas, que son acerca de las cuales el entendimiento y sentido tiene habilidad y costumbre de ejercitarse, no las siente, por cuanto le faltan sus acostumbrados sensibles. Y ésta es la causa por donde, estando ella más pura y perfecta y sencilla, menos la siente el entendimiento, y más oscura le parece. Y así, por el contrario, cuanto ella está en sí en el entendimiento menos pura y simple, más clara y de más tomo le parece al entendimiento, por estar ella vestida o mezclada o envuelta en algunas formas inteligibles en que puede tropezar el entendimiento o sentido.

9. Lo cual se entenderá bien por esta comparación. Si consideramos en el rayo del sol que entra por la ventana, vemos que cuando el dicho rayo está más poblado de átomos y motas, mucho más palpable y sensible y más claro le parece a la vista del sentido; y está claro que entonces el rayo está menos puro y menos claro en sí, y sencillo y perfecto, pues está lleno de tantas motas y átomos. Y también vemos que cuando está más puro y limpio de aquellas motas y átomos, menos palpa-

ble y más oscuro le parece al ojo material; y cuanto más limpio está, tanto más oscuro y menos aprensible le parece. Y si del todo el rayo estuviese limpio y puro de todos los átomos y motas, hasta los más sutiles polvitos, del todo parecería oscuro e incomprensible el dicho rayo al ojo, por cuanto allí faltan los visibles, que son objeto de la vista; y así, el ojo no halla especies en qué reparar, porque la luz no es propio objeto de la vista, sino el medio con que ve lo visible; y así, si faltaren los visibles en que el rayo o la luz hagan reflexión, nada se verá. De donde si entrase el rayo por una ventana y saliese por otra, sin topar en cosa alguna que tuviese como de cuerpo, no se vería nada; y, con todo eso, el rayo estaría en sí más puro y limpio que cuando, por estar lleno de cosas visibles, se veía y sentía más claro.

10. De la misma manera acaece acerca de la luz espiritual en la vista del alma, que es el entendimiento, en el cual esta general noticia y luz que vamos diciendo, sobrenatural, embiste tan pura y sencillamente, y tan desnuda ella y ajena de todas las formas inteligibles que son objetos del entendimiento, que él no la siente ni echa de ver. Antes, a veces—que es cuando ella es más pura—le hace tiniebla, porque le enajena de sus acostumbradas luces de formas y fantasías, y entonces siéntese bien y échase bien de ver la tiniebla. Mas cuando esta luz divina no embiste con tanta fuerza en el alma, ni siente tiniebla, ni ve luz, ni aprende nada que ella sepa, de acá ni de allá, y, por tanto, se queda el alma a veces como en un olvido grande, que ni supo dónde se estaba, ni qué se había hecho, ni le parece haber pasado por ella tiempo. De donde puede acaecer, y así es, que se pasen muchas horas en este olvido, y al alma, cuando vuel-

ve en sí, no le parezca un momento, o que no estuvo nada.

11. Y la causa de este olvido es la pureza y sencillez de esta noticia; la cual, ocupando al alma, así la pone sencilla y pura y limpia de todas las aprensiones y formas de los sentidos y de la memoria, por donde el alma obraba en tiempo, y así la deja en olvido y sin tiempo; de donde al alma esta oración, aunque como decimos, le dure mucho, le parece brevísima; porque ha estado unida en inteligencia pura, que no está en tiempo; y es la oración breve de que se dice que penetra los cielos, porque es breve, porque no es en tiempo. Y penetra los cielos, porque el alma está unida en inteligencia celestial; y así, esta noticia deja al alma, cuando recuerda, con los efectos que hizo en ella sin que ella los sintiese hacer, que son levantamiento de mente a inteligencia celestial, y enajenación y abstracción de todas las cosas y formas y figuras y memorias de ellas.

Lo cual dice David (*Sal.* 101, 8) haberle a él acaecido volviendo en sí del mismo olvido, diciendo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.* Que quiere decir: Recordé y halléme hecho como el pájaro solitario en el tejado. *Solitario* dice, es a saber, de todas las cosas enajenado y abstraído. Y *en el tejado,* es a saber, elevada la mente en lo alto; y así, se queda el alma como ignorante de todas las cosas, porque solamente sabe a Dios sin saber cómo. De donde la Esposa declara en los Cantares (6, 11) entre los efectos que en ella hizo este su sueño y olvido, este no saber, cuando dice que descendió a él diciendo: *Nescivi.* Esto es: No supe de dónde.

Aunque, como habemos dicho, al alma en esta noticia le parezca que no hace nada, ni está em-

pleada en nada, porque no obra nada con los sentidos ni con las potencias, crea que no se está perdiendo tiempo. Porque, aunque cese la armonía de las potencias del alma, la inteligencia de ella está de la manera que habemos dicho. Que por eso la Esposa, que era sabia, también en los Cantares (5, 2) se respondió ella a sí misma en esta duda, diciendo: *Ego dormio et cor meum vigilat.* Como si dijera: Aunque duermo yo según lo que yo soy naturalmente, cesando de obrar, mi corazón vela sobrenaturalmente elevado en noticia sobrenatural.

12. Pero es de saber, que no se ha de entender que esta noticia ha de causar por fuerza este olvido para ser como aquí decimos; que eso sólo acaece cuando Dios abstrae al alma del ejercicio de todas las potencias naturales y espirituales, lo cual acaece las menos veces, porque no siempre esta noticia ocupa toda el alma. Que para que sea la que basta en el caso que vamos tratando, basta que el entendimiento esté abstraído de cualquiera noticia particular, ahora temporal, ahora espiritual, y que no tenga gana la voluntad de pensar acerca de unas ni de otras, como habemos dicho, porque entonces es señal que está el alma empleada. Y este indicio se ha de tener para entender que lo está, cuando esta noticia sólo se aplica y comunica al entendimiento, que es cuando a veces el alma no lo echa de ver. Porque, cuando juntamente se comunica a la voluntad, que es casi siempre, poco o mucho no deja el alma de entender, si quiere mirar en ello, que está empleada y ocupada en esta noticia, por cuanto se siente con sabor de amor en ella, sin saber ni entender particularmente lo que ama. Y por eso la llama noticia amorosa general; porque así como lo es en el

entendimiento, comunicándose a él oscuramente, así también lo es en la voluntad, comunicándola sabor y amor confusamente, sin que sepa distintamente lo que ama.

13. Esto baste ahora para entender cómo le conviene al alma estar empleada en esta noticia, para haber de dejar la vía del discurso espiritual, y para asegurarse que, aunque le parezca que no hace nada, el alma está bien empleada, si se ve con las dichas señales. Y para que también se entienda por la comparación que habemos dicho, cómo no porque esta luz se represente al entendimiento más comprensible y palpable, como hace el rayo de sol al ojo cuando está lleno de átomos, por eso la ha de tener el alma por más pura, subida y clara. Pues está claro que, según dice Aristóteles y los teólogos, cuando más alta es la luz divina y más subida, más oscura es para nuestro entendimiento.

14. De esta divina noticia hay mucho que decir, así de ella en sí, como de los efectos que hace en los contemplativos. Todo lo dejamos para su lugar, porque aun lo que habemos dicho en éste no había para qué alargarnos tanto, si no fuera por no dejar esta doctrina algo más confusa de lo que queda, porque es cierto yo confieso lo que queda mucho. Porque, dejado que es materia que pocas veces se trata por este estilo, ahora de palabra, como de escritura por ser ella en sí extraordinaria y oscura, añádese también mi torpe estilo y poco saber; y así estando desconfiado de que lo sabré dar a entender, muchas veces entiendo me alargo demasiado y salgo fuera de los límites que bastan al lugar y parte de la doctrina que voy tratando. En lo cual yo confieso hacerlo, a veces, de adver-

tencia; porque lo que no se da a entender por unas razones, quizá se entenderá mejor por aquéllas y por otras; y también porque entiendo que así se va dando más luz para lo que se ha de decir adelante.

15. Por lo cual me parece también, para concluir con esta parte, dejar respondido a una duda que puede haber acerca de la continuación de esta noticia, y será brevemente en el siguiente capítulo.

CAPITULO 15

En que se declara cómo a los aprovechantes que comienzan a entrar en esta noticia general de contemplación, les conviene a veces aprovecharse del discurso natural y obra de las potencias naturales.

1. Podría, acerca de lo dicho, haber una duda, y es si los aprovechantes, que es a los que Dios comienza a poner en esta noticia sobrenatural de contemplación de que habemos hablado, por el mismo caso que la comienzan a tener, no hayan ya para siempre de aprovecharse de la vía de la meditación, y discurso y formas naturales.

A lo cual se responde, que no se entiende que los que comienzan a tener esta noticia amorosa, en general nunca hayan de procurar de tener más meditación; porque a los principios que van aprovechando, ni está tan perfecto el hábito de ella, que luego que ellos quieran se puedan poner en el acto de ella, ni por el semejante están tan remotos de la meditación, que no puedan meditar y discurrir algunas veces naturalmente como solían,

por las formas y pasos que solían, hallando allí alguna cosa de nuevo. Antes a estos principios, cuando por los indicios ya dichos echan de ver que no está el alma empleada en aquel sosiego y noticia, habrán menester aprovecharse del discurso hasta que vengan a ella a adquirir el hábito que habemos dicho, en alguna manera perfecto, que será cuando todas las veces que quieran meditar, luego se quedan en esta noticia y paz sin poderlo hacer ni tener gana de hacerlo, como habemos dicho; porque hasta llegar a este tiempo, que es ya de aprovechados en esto, ya hay de lo uno, ya de lo otro, en diferentes tiempos.

2. De manera que muchas veces se hallará el alma en esta amorosa o pacífica asistencia sin obrar nada con las potencias, esto es, acerca de actos particulares, no obrando activamente, sino sólo recibiendo; y muchas habrá menester ayudarse blanda y moderadamente del discurso para ponerse en ella; pero puesta el alma en ella, ya habemos dicho que el alma no obra nada con las potencias; que entonces antes es verdad decir que se obra en ella y que está obrada la inteligencia y sabor, que no que obre ella alguna cosa, sino solamente tener advertencia el alma con amar a Dios, sin querer sentir ni ver nada. En lo cual pasivamente se le comunica Dios, así como al que tiene los ojos abiertos, que pasivamente, sin hacer él más que tenerlos abiertos, se le comunica la luz. Y este recibir la luz sobrenaturalmente se le infunde, es entender pasivamente; pero dícese que no obra, no porque no entienda, sino porque entiende lo que no le cuesta su industria, sino sólo recibir lo que le dan, como acaece en las iluminaciones e ilustraciones, o inspiraciones de Dios.

3. Aunque aquí libremente recibe la voluntad

esta noticia general y confusa de Dios. Solamente es necesario, para recibir más sencilla y abundantemente esta divina luz, que no se cure de interponer otras luces más palpables de otras luces o formas o noticias o figuras de discurso alguno; porque nada de aquello es semejante a aquella serena y limpia luz. De donde, si quisiere entonces entender y considerar cosas particulares, aunque más espirituales fuesen, impediría la luz limpia y sencilla general del espíritu, poniendo aquellas nubes en medio; así como al que delante de los ojos se le pusiese alguna cosa en que, tropezando la vista, se le impidiese la luz y vista de adelante.

4. De donde se sigue claro que, como el alma se acabe de purificar y vaciar de todas las formas e imágenes aprensibles, se quedará en esta pura y sencilla luz, transformándose en ella en estado de perfección, porque esta luz nunca falta en el alma, pero por las formas y velos de criatura con que el alma está velada y embarazada, no se le infunde; que si quitase estos impedimentos y velos del todo, como después se dirá, quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, luego el alma, ya sencilla y pura, se transformaría en la sencilla y pura Sabiduría, que es el Hijo de Dios. Porque faltando lo natural al alma enamorada, luego se infunde de lo divino, natural y sobrenaturalmente, porque no se dé vacío en la naturaleza.

5. Aprenda el espiritual a estarse con advertencia amorosa en Dios, con sosiego de entendimiento, cuando no puede meditar, aunque le parezca que no hace nada. Porque así, poco a poco, y muy presto, se infundirá en su alma el divino sosiego y paz con admirables y subidas noticias

de Dios, envueltas en divino amor. Y no se entrometa en formas, meditaciones e imaginaciones o algún discurso; porque no desasosiegue al alma y la saque de su contento y paz, en lo cual ella recibe desabrimiento y repugnancia. Y si, como habemos dicho, le hiciere escrúpulo de que no hace nada, advierta que no hace poco en pacificar el alma y ponerla en sosiego y paz, sin alguna obra y apetito, que es lo que nuestro Señor nos pide por David (*Sad.* 45, 11), diciendo: *Vacate, et videte quoniam ego sum Deus.* Como si dijera: Aprended a estaros vacíos de todas las cosas—es a saber, interior y exteriormente—y veréis cómo yo soy Dios.

CAPITULO 16

En que se trata de las aprensiones imaginarias que sobrenaturalmente se representan en la fantasía.—Dice cómo no pueden servir al alma de medio próximo para la unión con Dios.

1. Ya que habemos tratado de las aprensiones que *naturalmente* puede en sí recibir, y en ellas obrar con discurso la fantasía e imaginativa, conviene aquí tratar de las *sobrenaturales*, que se llaman visiones imaginarias, que también por estar ellas debajo de imagen y forma y figura, pertenecen a este sentido, ni más ni menos que las naturales.

2. Y es de saber, que debajo de este nombre de *visiones imaginarias* queremos entender todas las cosas que debajo de imagen, forma y figura y especie, sobrenaturalmente se pueden representar a

la imaginación. Porque todas las aprensiones y especies que de todos los cinco sentidos corporales se representan al alma, y en ella hacen asiento por vía natural, pueden por vía sobrenatural tener lugar en ella, y representársele sin ministerio alguno de los sentidos exteriores. Porque este sentido de la fantasía, junto con la memoria, es como un archivo y receptáculo del entendimiento, en que se reciben todas las formas e imágenes inteligibles; y así, como si fuese un espejo, las tiene en sí, habiéndolas recibido por vía de los cinco sentidos, o, como decimos, sobrenaturalmente; y así las representa al entendimiento, y allí el entendimiento las considera y juzga de ellas. Y no sólo puede eso, más aún puede componer e imaginar otras a la semejanza de aquellas que allí conoce.

3. Es, pues, de saber, que así como los cinco sentidos exteriores representan las imágenes y especies de sus objetos a estos interiores, así *sobrenaturalmente,* como decimos, sin los sentidos exteriores puede Dios y el demonio representar las mismas imágenes y especies, y mucho más hermosas y acabadas. De donde debajo de estas imágenes, muchas veces representa Dios al alma muchas cosas, y la enseña mucha sabiduría, como a cada paso se ve en la Escritura, como vio Isaías (6, 4) a Dios en su gloria debajo del humo que cubría el templo y de los serafines que cubrían con las alas el rostro y los pies; y Jeremías (1, 11) *la vara que velaba* Daniel (7, 10) multitud de visiones, etc.

Y también el demonio procura con las suyas, aparentemente buenas, engañar al alma, como es de ver en el de los Reyes (3,°, 22, 11), cuando engañó a todos los profetas de Acab, representándoles en la imaginación los cuernos con que dijo había de destruir a los asirios, y fue mentira. Y las

visiones que tuvo la mujer de Pilatos sobre que no condenase a Cristo *(Mt.,* 27, 19), y otros muchos lugares, donde se ve cómo en este espejo de la fantasía e imaginativa estas visiones imaginarias acaecen a los aprovechados más frecuentemente que las corporales exteriores.

Estas, como decimos, no se diferencian de las que entran por los sentidos exteriores en cuanto imágenes y especies; pero en cuanto al efecto que hacen y perfección de ellas, mucha diferencia hay, porque son más sutiles y hacen más efecto en el alma, por cuanto son sobrenaturales y más interiores que las sobrenaturales exteriores. Aunque no se quita por eso que algunas corporales de estas exteriores hagan más efecto; que, en fin, es como Dios quiere que sea la comunicación; pero hablamos en cuanto es de parte de ellas, por cuanto son más espirituales.

4. Este sentido de la imaginación y fantasía es donde ordinariamente acude el demonio con sus ardides, ahora naturales, ahora sobrenaturales (1); porque éste es la puerta y entrada para el alma, y como habemos dicho, aquí viene el entendimiento a tomar y dejar, como a puerto o plaza de su provisión. Y por eso siempre Dios, y también el demonio, acuden aquí con sus joyas de imágenes y formas sobrenaturales para ofrecerlas al entendimiento; puesto que Dios no sólo se aprovecha de este medio para instruir al alma, pues mora substancialmente en ella, y puede por Sí y por otros medios.

5. Y no hay para qué yo aquí me detenga en dar doctrina de indicios, para que se conozcan

(1) *Sobrenaturales:* quiere decir *preternaturales.*

cuáles visiones serán de Dios y cuáles no, y cuáles en una manera y cuáles en otra; pues mi intento aquí no es ése, sino sólo instruir el entendimiento en ellas para que no se embarace e impida para la unión con la divina Sabiduría con las buenas, ni se engañe en las falsas.

6. Por tanto, digo que de todas estas aprensiones y visiones imaginarias, y otras cualesquiera formas o especies, como ellas se ofrezcan debajo de forma o imagen o alguna inteligencia particular, ahora sean falsas de parte del demonio, ahora se conozcan ser verdaderas de parte de Dios, el entendimiento no se ha de embarazar ni cebar en ellas, ni las ha el alma de querer admitir ni tener, para poder estar desasida, desnuda, pura y sencilla, sin algún modo y manera, como se requiere para la unión.

7. Y de esto la razón es, porque todas estas formas ya dichas, siempre en su aprensión se representan, según habemos dicho, debajo de algunas maneras y modos limitados, y la Sabiduría de Dios, en que se ha de unir el entendimiento, ningún modo ni manera tiene ni cae debajo de algún límite ni inteligencia distinta y particularmente, porque totalmente es pura y sencilla. Y como quiera que para juntarse dos extremos, cual es el alma y la divina Sabiduría, será necesario que vengan a convenir en cierto medio de semejanza entre sí; de aquí es que también el alma ha de estar pura y sencilla, no limitada ni atendida a alguna inteligencia particular, ni modificada con algún límite de forma, especie e imagen. Que pues Dios no cae debajo de imagen ni forma, ni cabe debajo de inteligencia particular, tampoco el alma para caer

en Dios ha de caer debajo de forma o inteligencia distinta.

8. Y que en Dios no haya forma ni semejanza alguna, bien lo da a entender el Espíritu Santo en el Deuteronomio (4, 12) diciendo: *Vocem verborum ejus audistis, et forman penitus non vidistis.* Que quiere decir: Oísteis la voz de sus palabras, y totalmente no visteis en Dios alguna forma. Pero dice que había allí tinieblas y nube y oscuridad, que es la noticia confusa y oscura que habemos dicho, en que se une el alma con Dios. Y luego más adelante (v. 15) dice: *Non vidistis aliquam similitudinem in die, qua locutus est vobis Dominus in Horeb de medio ignis.* Esto es: No visteis vosotros semejanza alguna en Dios en el día que os habló de medio del fuego en el monte Horeb.

9. Y que el alma no pueda llegar a lo alto de Dios, cual en esta vida se puede, por medio de algunas formas y figuras, también lo dice el mismo Espíritu Santo en los Números (12, 6-8), donde reprendiendo Dios a Aarón y María, hermanos de Moisés, porque murmuraban contra él, queriendo darles a entender el alto estado en que le había puesto de unión y amistad consigo, dijo: *Si quis inter vos fuerit Propheta Domini, in visione apparebo ei, vel per somnium loquar ad illum. At non talis servus meus Moyses qui in omni domo mea fidelissimus est: ore enim ad os loquor ei et palam, et non per aenigmata et figuras Dominum videt.* Que quiere decir: Si entre vosotros hubiere algún profeta del Señor, aparecerle he en alguna visión o forma, o hablaré con él entre sueños; pero no hay tal como mi siervo Moisés, que en toda mi casa es fidelísimo, y hablo con él boca a boca, y no ve a Dios por comparaciones, semejanzas y fi-

guras. En lo cual se da a entender claro que en este alto estado de unión, de que vamos hablando, no se comunica Dios al alma mediante algún disfraz de visión imaginaria, o semejanza o figura, ni la ha de haber, sino que boca a boca, esto es, en esencia pura y desnuda de Dios, que es la boca de Dios en amor, con esencia pura y desnuda del alma, que es la boca del alma en amor de Dios.

10. Por tanto, para venir a esta unión de amor de Dios esencial ha de tener cuidado el alma de no se ir arrimando a visiones imaginarias, ni formas, ni figuras, ni particulares inteligencias; pues no le pueden servir de medio proporcionado y próximo para tal efecto; antes le harían estorbo, y por eso las ha de renunciar, y procurar de no tenerlas. Porque si por algún caso se hubiesen de admitir y preciar, era por el provecho que las verdaderas hacen en el alma y buen efecto; pero para esto no es necesario admitirlas, antes conviene, para mejoría, siempre negarlas. Porque estas visiones imaginarias el bien que pueden hacer al alma, también como las corporales exteriores que habemos dicho, es comunicarla inteligencia o amor o suavidad; pero para que causen este efecto en ella, no es menester que ella las quiera admitir; porque, como también queda dicho arriba, en este mismo punto que en la imaginación hacen presencia, la hacen en el alma, e infunden la inteligencia y amor, o suavidad, o lo que Dios quiere que causen. Y no sólo juntamente, pero principalmente, aunque no en el mismo tiempo, hacen en el alma su efecto pasivamente sin ser ella parte para lo poder impedir, aunque quisiese, como tampoco lo fue para lo saber adquirir, aunque lo haya sido antes para se saber disponer. Porque así como la vidriera no es parte para impedir el rayo del sol

que da en ella, sino que pasivamente, estando ella dispuesta con limpieza, la esclarece sin su diligencia u obra, así también el alma, aunque ella quiera, no puede dejar de recibir en sí las influencias y comunicaciones de aquellas figuras, aunque más las quisiese resistir; porque a las infusiones sobrenaturales no las pueden resistir la voluntad negativa con resignación humilde y amorosa, sino sola la impureza e imperfecciones del alma, como también en la vidriera impiden la claridad las manchas.

11. De donde se ve claro que, cuanto más el alma se desnudare con la voluntad y afecto de las aprensiones de las manchas de aquellas formas, imágenes y figuras en que vienen envueltas las comunicaciones espirituales que hemos dicho, no sólo no se priva de estas comunicaciones y bienes que causan, mas se dispone mucho más para recibirlas con más abundancia, claridad y libertad de espíritu y sencillez, dejadas aparte todas aquellas aprensiones, que son las cortinas y velos que encubren lo espiritual que allí hay, y así ocupan el espíritu y sentido, si en ellas se quisiere cebar, de manera que sencilla y libremente no se pueda comunicar el espíritu. Porque estando ocupado con aquella corteza, está claro que no tiene libertad el entendimiento para recibir aquellas formas. De donde si el alma entonces las quiere admitir y hacer caso de ellas, sería embarazarse, y contentarse con lo menos que hay en ellas, que es todo lo que ella puede aprehender y conocer de ellas, lo cual es aquella forma e imagen, y particular inteligencia. Porque lo principal de ellas, que es lo espiritual que se le infunde, no sabe ella aprehender ni entender, ni sabe cómo es, ni lo sabría decir, porque es puro espiritual. Solamente lo que de ellas sabe,

como decimos, es lo menos que hay en ellas a su modo de entender, que son las formas por el sentido; y por eso digo que, pasivamente y sin que ella ponga su obra de entender, y sin saberla poner, se le comunica de aquellas visiones lo que ella no supiera entender ni imaginar.

12. Por tanto, siempre se han de apartar los ojos del alma de todas estas aprensiones que ella puede ver y entender distintamente, lo cual comunica en sentido, y no hace fundamento y seguro de fe, y ponerlos en lo que no ve ni pertenece al sentido, sino al espíritu, que no cae en figura de sentido, que es lo que la lleva a la unión en fe, la cual es el propio medio, como está dicho. Y así, le aprovecharán al alma estas visiones en substancia para fe, cuando bien supiere negar lo sensible e inteligible de ellas, y usar bien del fin que Dios tiene en darlas al alma, desechándolas; porque, como dijimos de las corporales, no las da Dios para que el alma las quiera tomar y poner su asimiento en ellas.

13. Pero nace aquí una duda, y es: si es verdad que Dios da al alma las visiones sobrenaturales, no para que ella las quiera tomar, ni arrimarse a ellas, ni hacer caso de ellas, ¿para qué se las da, pues en ellas puede el alma caer en muchos yerros y peligros, o por lo menos en los inconvenientes que aquí se escriben para ir adelante, mayormente pudiendo Dios dar al alma y comunicarle espiritualmente y en substancia lo que le comunica por el sentido mediante las dichas visiones y formas sensibles?

14. Responderemos a esta duda en el siguiente capítulo; y es de harta doctrina, y bien necesaria, a mi ver, así para los espirituales como para

los que los enseñan. Porque se enseña el estilo y fin que Dios en ellas lleva, el cual por no lo saber muchos, ni se saben gobernar, ni encaminar a sí ni a otros en ellas a la unión. Que piensan que por el mismo caso que conocen ser verdaderas y de Dios, es bueno admitirlas, y asegúranse en ellas, no mirando que también en éstas hallará el alma su propiedad y asimiento y embarazo, como en las cosas del mundo, si no las sabe renunciar como a ellas. Y así, les parece que es bueno admitir las unas y reprobar las otras, metiéndose a sí mismo y a las almas en gran trabajo y peligro acerca del discernir entre la verdad y falsedad de ellas. Que ni Dios les manda poner en ese trabajo, ni que a las almas sencillas y simples las metan en ese peligro y contienda; pues tienen doctrina sana y segura, que es la fe, en que han de caminar adelante.

15. Lo cual no puede ser sin cerrar los ojos a todo lo que es de sentido e inteligencia clara y particular. Porque aun con estar san Pedro tan cierto de la visión de gloria que vio en Cristo en la transfiguración, después de haberlo contado en su Epístola segunda canónica (1, 19), no quiso que lo tomasen por principal testimonio de firmeza, sino, encaminándolos a la fe, dijo: *Et habemus firmiorem propheticum sermonem; cui benefacitis attendentes, quasi lucernae lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat*. Quiere decir: Y tenemos más firme testimonio que esta visión del Tabor, que son los dichos y palabras de los profetas que dan testimonio de Cristo, a los cuales hacéis bien de arrimaros, como a la candela que da luz en el lugar oscuro. En la cual comparación, si quisiéremos mirar, hallaremos la doctrina que vamos enseñando. Porque en decir que miremos a

la fe que hablaron los profetas, *como a candela que luce en lugar oscuro,* es decir que nos quedemos a oscuras, cerrados los ojos a todas esotras luces, y que en esta tiniebla, sola la fe, que también es oscura, sea luz a que nos arrimemos; porque si nos queremos arrimar a esotras luces claras e inteligencias distintas, ya nos dejamos de arrimar a la oscura que es la fe, y nos deja de dar la luz *en el lugar oscuro* que dice san Pedro; el cual lugar, que aquí significa el entendimiento, que es el candelero donde se asienta esta candela de la fe, ha de estar oscuro hasta que le amanezca en la otra vida el día de la clara visión de Dios, y en ésta el día de la transformación y unión con Dios, a que el alma camina.

CAPITULO 17

En que se declara el fin y estilo que Dios tiene en comunicar al alma los bienes espirituales por medio de los sentidos, en lo cual se responde a la duda que se ha tocado.

1. Mucho hay que decir acerca del fin y estilo que Dios tiene en dar estas visiones, para levantar a una alma de su bajeza a su divina unión, de lo cual todos los libros espirituales tratan, y en este nuestro tratado también el estilo que llevamos es darlo a entender; y, por eso, en este capítulo solamente diré lo que basta para satisfacer a nuestra duda, la cual era: que pues en estas visiones sobrenaturales hay tanto peligro y embarazo para ir adelante, como habemos dicho, ¿por qué Dios, que es sapientísimo y amigo de apartar de las almas tropiezos y lazos, se las ofrece y comunica?

2. Para responder a esto conviene primero poner *tres fundamentos.*

El *primero* es de san Pablo *ad Romanos* (13, 1), donde dice: *Quae autem sunt, a Deo ordinatae sunt.* Que quiere decir: Las obras que son hechas, de Dios son *ordenadas.*

El *segundo* es del Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría (8, 1), diciendo: *Disponit omnia suaviter.* Y es como si dijera: La Sabiduría de Dios, aunque *toca desde un fin hasta otro fin,* es a saber, desde un extremo hasta otro extremo, *dispone todas las cosas con suavidad.*

El *tercero* es de los teólogos que dicen que: *Omnia movet secundum modum eorum.* Esto es: Dios mueve todas las cosas *al modo de ellas.*

3. Según, pues, estos fundamentos, está claro que para mover Dios al alma, y levantarla del fin y extremo de su bajeza al otro fin y extremo de su alteza en su divina unión, halo de hacer *ordenadamente,* y *suavemente,* y al *modo de la misma alma.* Pues como quiera que *el orden* que tiene el *alma* de conocer, sea por las formas e imágenes de las cosas criadas, y *el modo* de su conocer y saber sea por los sentidos, de aquí es que para levantar Dios al alma al sumo conocimiento, para hacerlo *suavemente,* ha de comenzar a tocar desde el bajo y fin extremo de los sentidos del alma, para así irla llevando, *al modo de ella,* hasta el otro fin de su sabiduría espiritual, que no cae en sentido. Por lo cual, la lleva primero instruyendo por formas, imágenes y vías sensibles a su modo de entender, ahora naturales, ahora sobrenaturales, y por discursos a ese sumo espíritu de Dios.

4. Y ésta es la causa por qué Dios le da las visiones y formas, imágenes y las demás noticias

sensitivas e inteligibles espirituales; no porque no quisiera Dios darle luego en el primer acto la sabiduría del espíritu, si los dos extremos cuales son humano y divino, sentido y espíritu, de vía ordinaria pudieran convenir y juntarse con un solo acto, sin que intervengan primero otros muchos actos de disposiciones que ordenada y suavemente convengan entre sí, siendo unas fundamento y disposición para las otras, así como los agentes naturales; y así, las primeras sirven a las segundas, y las segundas a las terceras, y de ahí adelante, ni más ni menos. Y así va Dios perfeccionando al hombre *al modo del hombre*, por lo más bajo y exterior, hasta lo más alto e interior.

De donde primero le perfecciona el sentido corporal, moviéndole a que use de buenos objetos naturales perfectos exteriores, como oír sermones, misas, ver cosas santas, mortificar el gusto en la comida, macerar con penitencia y santo rigor el tacto. Y cuando ya están estos sentidos algo dispuestos, los suele perfeccionar más, haciéndoles algunas mercedes sobrenaturales y regalos, para confirmarlos más en el bien, ofreciéndoles algunas comunicaciones sobrenaturales, así como visiones de santos o cosas santas, corporalmente, olores suavísimos y locuciones, y en el tacto grandísimo deleite, con que se confirma mucho el sentido en la virtud, y se enajena del apetito de los malos objetos. Y allende de eso, los sentidos corporales interiores, de que aquí vamos tratando, como son imaginativa y fantasía, juntamente se los va perfeccionando y habituando al bien con consideraciones, meditaciones y discursos santos, y en todo esto instruyendo al espíritu. Y ya éstos dispuestos con este ejercicio natural, suele Dios ilustrarlos y espiritualizarlos más con algunas visiones sobre-